

Mirada filial a la obra pictórica de César Rengifo

Diana Rengifo

Universidad de Los Andes.

Trujillo - Venezuela.

dianarengifo@yahoo.com

*Licenciada en Historia por la Universidad Central
de Venezuela. Doctora en Historia de América por
la Universidad Complutense de Madrid, docente
jubilada de la Universidad de los Andes,
Núcleo Universitario Rafael Rangel, en Trujillo.*

*Investigadora activa del Centro Regional de
Investigación Humanística, Económica y Social
(CRIHES) del NURR de la ULA-Trujillo, miembro
del comité editorial de la revista
AGORA-Trujillo del mismo CRIHES.*

Recibido: 04-08-2014 / Aceptado: 10-10-2014

El 15 de mayo de 2015 César Rengifo estaría cumpliendo cien años de vida. Murió en cambio a los 65, con un sinfín de proyectos por realizar y sobre todos, el sueño de irse a Florencia a disfrutar despaciosamente de la belleza infinita de una ciudad que representa el Arte, por donde se la mire.

Desde mi punto de vista, yo, su hija mayor, creo que deseaba reencontrarse consigo mismo, con lo que realmente fue como artista y como persona, porque pienso que César Rengifo resumió lo que compendaban los hombres –los artistas- del Renacimiento, seres integrales que podían ser arquitectos, pintores, químicos, poetas, y desarrollar cabalmente todas sus habilidades. De hecho, fue periodista, poeta, pintor, dramaturgo, escultor, retratista...

César Rengifo nació en Caracas, en el seno de una familia de clase media, el padre panadero, la madre costurera, en la Venezuela del gomecismo y justamente en el momento en que el régimen se hacía más duramente severo. Fue el menor de cinco hermanos y nació después de la muerte del padre, al que la tuberculosis, flagelo de la época, se había llevado temprano. Más tarde, la misma enfermedad se llevaría a la madre y luego a tres de los hermanos. Mientras estuvieron presentes, los niñitos vivieron con sus respectivos padrinos que lograron mantenerlos siempre cercanos y evitaron que se perdiera el vínculo familiar. Todo ocurría en La Candelaria, parroquia caraqueña de españoles e isleños (Canarios) donde los vecinos se respetaban y cumplían los parentescos a que obligaba la Iglesia católica mediante el bautismo.

Rengifo tuvo la gracia de integrarse a una familia numerosa y de artistas, los Robaina, y cuando “los viejos” como les decía, murieron, lo amparó el otro padrino, el de Confirmación, José del Carmen Toledo, también artista, estucador de oficio, bien relacionado, librepensador, que entendió las inquietudes

artísticas del mocito que se le encomendaba y logró que muy joven lo admitiesen en la Academia de Bellas Artes de Caracas, institución que dirigía su amigo Marcos Castillo. Así que este adolescente que quería ser pintor pudo iniciarse en las Bellas Artes bien temprano y graduarse en 1935 con sólidos conocimientos en dibujo, pintura y escultura.

Muy joven se había relacionado no sólo con sus compañeros de la Academia, sino también con otros muchachos de “buenas familias”, como los Hernández López, los García Gómez o los Rojas Guardia, de cuyos padres se nutrió intelectualmente. De hecho, el Dr. Hernández le prestaba libros que después discutían y que Rengifo comentaba con sus compañeros de la Academia. Ello fue configurando en él un cúmulo de sensibilidades que iban más allá del mero interés por el entorno inmediato que de todos modos lo había tocado cuando en los enfrentamientos de los estudiantes con los chácharos gomecistas de 1936, habían sido heridos dos de los estudiantes de la Academia de Bellas Artes.

Además, habían ocurrido la Revolución rusa y la mexicana, dos revueltas sociales que, pese a lo precario de las comunicaciones de entonces, fueron movimientos que reclamaban la atención permanente de los jóvenes de la época. Así Rengifo se acercó al naciente y primigenio en Venezuela, Partido Comunista. Repartía volantes y propaganda, y tales actividades contribuyeron a que muerto Gómez, cuando Eleazar López Contreras inhabilitó a los comunistas, fuera de los primeros confinados a Jobito, una suerte de reclusorio para presos políticos situado en la confluencia del río Meta con el Orinoco, cerca de Puerto Páez (estado Apure). La preocupación por el “hijo” y las buenas amistades de José del Carmen volvieron a funcionar, y se cambió el confinamiento por una suerte de exilio a Chile donde, como becario, debería estudiar docencia para la enseñanza de las Bellas Artes.

Pero aunque César Rengifo fue un educador por antonomasia, no pudo con la disciplina de las aulas chilenas y coincidiendo este desencanto académico con el estallido de la Guerra

Civil española y a sabiendas de que en México se hacía el reclutamiento de internacionalistas que fueran a pelear en la defensa de la República, Rengifo, con otros amigos que también estudiaban en Chile, resolvieron irse a México por su cuenta, a enrolarse con la gente que iría a España. Espejismo revolucionario que, en su caso, no llegó a cumplir porque no llenaba las condiciones físicas ni de preparación en el manejo de armas que se lo permitiesen, pero como nada en la vida pasa por casualidad, México fue el sitio en el que recibió los insumos para su trabajo artístico, que conservó hasta la muerte. La influencia mexicana en su pintura es notable: las mujeres con las cabezas cubiertas por pañolones como los rebozos de las mejicanas, las flores de sus adolescentes vendedores, los campesinos ensombrerados, todos reminiscencias del figurativismo de aquél país, encarnado en Rivera, Siqueiros u Orozco, los dos primeros además militantes activistas del Partido Comunista mexicano.

Y relato estas cosas brevemente, porque estas, y otras vivencias están presentes en la mayor parte de su obra, como es posible notar por ejemplo, en el cuadro de gran formato "Su Música interior" en el que un adolescente desde un altozano yermo, con la ciudad (Caracas) a sus pies, intenta tocar un violín teniendo como arco una rama de arbusto donde despunta el brote tierno de una hoja.

Joven, Rengifo quiso tocar el violín, porque era un apasionado escucha de los clásicos, pero descubrió tristemente, que no tenía oído musical. Fue una de sus frustraciones intelectuales, sobre todo porque sus amigos más cercanos, Rhazes y Heber Hernández eran músicos, el primero flautista y el segundo violinista.

"Tarde Triste en el Meta" es también un trabajo evocador: unos perros famélicos (¡sus perros!, siempre flacos, de patitas quebradizas, pero libres, sin ataduras posibles) miran desolados, como el caserío está anegado por el río desbordado; sólo sobresalen de las aguas, algunos techos pajizos. Es el recuerdo de Jobito, siempre presente en el relato de sus pasos juveniles, y es también una suerte de decorado teatral para la nostalgia,

en él siempre presente, por la añoranza de un mejor país que no ha llegado y la realidad que interpreta desde la tristeza o la soledad tanto de hombres como de mujeres. Los “Exodos” dan cuenta de eso.

A partir de la década de los 40, el proceso de maduración artística es articulado: pintura y teatro van de la mano. Lector voraz sobre todo de temas históricos, encuentra en ellos la veta perfecta para desarrollar buena parte de su producción teatral; esas mismas lecturas y la reflexión profunda que hace de ellas, le permite expresar sus conclusiones respecto a la producción de arte, que ve como una proyección de la vida social. El hombre sólo es capaz de expresarse artísticamente cuando, cubiertas sus necesidades básicas, es capaz de apreciar la belleza e intentar reproducirla. La pintura es una forma de expresión que además –como el teatro– puede convertirse en una herramienta de enseñanza. Cuando pinta “Campamento de peones” o “El Andamio Roto”, está dando lecciones de vida al observador.

La década de los cincuenta representa para él nuevas experiencias y difíciles tomas de decisiones: debe “enconcharse” durante unos meses cuando arrecia la represión gubernamental perezjimenista y se va a Burbusay, en el estado Trujillo, un pueblecito escondido cercano a Boconó, actualmente productor de fresas; entonces casi un caserío de campesinos, aislado y silencioso. Llega a la casa de los Marín, Julio César y Alfonso, sus amigos. Es casa solariega situada en una esquina de la plaza Bolívar, cercana a la iglesia cuyo párroco es el único interlocutor “letrado” con quien conversar en el atrio cuando cae la noche y sólo la oscuridad acompaña al pueblo. Pero esa suerte de exilio interno le permite observar participativamente la vida campesina y bocatea dos obras que después, al regreso, plasmará en lienzos grandes en el estudio de la casita del Prado de María en la parroquia del Cementerio, donde habita con la esposa y las dos hijas desde finales de los 40. Son “Un niño nació en Cabimbú” y “Un campesino murió en Burbusay”. De nuevo las vivencias presentes en la pintura. Para el teatro también escribe a mano en feos cuadernos grises, dos de sus obras más importan-

tes, “Soga de Niebla” y “Manuelote”, ambas ambientadas en la época de la Independencia. ¡La vieja biblioteca de los Marín ha hecho su aporte!

Le aguarda asimismo, al regresar a Caracas, “una propuesta indecente”: el Centro Simón Bolívar, culminadas las Torres de El Silencio, como se llamarán desde entonces, requiere llenar el espacio de un amplio muro en la Torre Sur, frente a la plaza Diego Ibarra y le proponen a Rengifo hacer allí un mural sobre un tema que él mismo escogerá.

El asunto tiene todo tipo de implicaciones, sobre todo políticas, porque se trata de una obra a realizar para una empresa estatal durante un gobierno al que adversa abiertamente. Así que consulta a sus amigos más cercanos y sobre todos, a su mentor político, Salvador de la Plaza, y éste logra convencerle de la importancia de una labor cuyos resultados permanecerán en el tiempo para el disfrute de otras generaciones. Al fin y al cabo, los gobiernos pasan, pero las obras quedan.

Entonces se avocó a la tarea de escoger el tema, un tema que cumpliera, con esos objetivos que siempre creyó que debían cumplir las artes, el estético, o sea ser lo suficientemente admirable como para recrear al espectador común que lo observara, y lo suficientemente didáctico como para informarlo apropiadamente acerca del tema en cuestión. Se decidió por la leyenda genésica de los Tamanaco que habla de cómo los dioses, Amalivaca y su hermano Vochoy sembraron el moriche después del diluvio y cómo de los frutos del moriche, surgieron los Tamanaco, de la familia Caribe, en la región deltaica del Orinoco.

Diseñó el hermoso proyecto para ejecutarlo a semejanza de los murales vaticanos, en vidrio veneciano, un material que no se decolora con el tiempo y tiene una durabilidad atemporal, aun cuando su realización representara una ardua y difícilísima labor, porque era como armar un gigantesco rompecabezas utilizando una técnica que debió aprender sobre la base del ensayo y del error. Quedaron muchas muestras de este aprendizaje, unas más pesadas que otras, de animalitos, diablos de Yare, pa-

vasos y otros temas que regaló a sus amigos para ser utilizadas como mesas o motivos decorativos.

Finalmente, inició el trabajo con la ayuda de varios operarios italianos y afanó como un obrero más en los andamios o en el piso montando las figuras, en un proceso que duró todo un año, durante el cual se enfermó de tifus. Pero finalmente lo terminó y aún está expuesto para el disfrute de los caraqueños y de todas las personas que transitan por el lugar. Un trabajo ciclópeo que lo llenó de satisfacción y que sentó las bases para la realización de otro mural, esta vez un tríptico, realizado en la avenida Los Ilustres sobre un espejo de agua y también en vidrio veneciano, que relata el proceso histórico nacional desde los hechos de la Conquista hasta las guerras de Independencia.

Los mismos objetivos expresados en la intención educadora que se refleja en el hecho de que los sitios escogidos para su realización debían ser lugares por donde transitara mucha gente. Gente que se nutriría de algún modo a través del lenguaje estético de las imágenes.

Con la pintura, y también con el teatro, César Rengifo recibió muchos reconocimientos. Su teatro ha sido traducido en varias lenguas y algunas de sus obras han sido montadas en otros países, Pero la pintura era la actividad con la que hacía la catarsis necesaria después de que sus personajes cobraban vida en sus obras teatrales. Así nacen "Brusca la Rompefuegos" o "Un hombre de Zamora".

Con la llegada de los nietos, comienza a utilizar nuevos y más vivos colores, y los temas son menos dramáticos. Surgen "El pequeño mago" los pequeños vendedores de flores, los niños que vuelan papagayos o juegan trompos, o los que escuchan los cuentos de una vieja. Es decir que la temática se dulcifica sin dejar de ser sociológica. Muchos de estos temas sólo quedaron como bocetos posibles, que la familia convirtió en serigrafías para la difusión.

Creo que su obra, que apoyó siempre en sus convicciones ideológicas, es coherente con lo que predicó, es decir, el arte como proyección de la vida social. Y creo que su pintura es tan,

o más importante que su teatro, porque contiene la esencia de su espíritu, que se refleja en el uso y mezcla de los colores, en el trazo largo y resuelto de sus cielos, en el contraste de los grises y los amarillos de sus Éxodos, donde la figura humana es pequeñísima respecto a la naturaleza desnuda y terrible, en su visión de la ciudad lejana y siempre añorada y en la mirada dulce y esperanzada de sus niños o de las mujeres embarazadas y sobre todo, en la presencia de sus perros famélicos y libres, siempre libres!